

meras palabras y oímos los gorjeos de las primeras caricias, temiendo que podamos expirar bajo aquel ajeno cielo, sin unir nuestros huesos con los huesos de nuestros padres, en esta tierra de la patria donde debemos descansar más tranquilos, aunque tengamos por único epitafio la hierba de los campos, y por únicas lágrimas el rocío de los cielos; vivir así es morir cien veces; que el destierro se contará siempre entre las penas más acerbadas de nuestro triste y tenebrísimo planeta.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 2 de Enero de 1877.)



XLV

EXISTEN ó no existen las naciones? No vayamos á la abstrusa filosofía; una nación no es la sombra de una bandera, no es el anillo de una corona; es cierta comunidad de intereses y de ideas, en la cual se unen los hombres aproximados por el espacio para realizar el ideal humano y presentarse como una sola personalidad ante la historia. Hay espíritu individual, hay espíritu nacional, hay espíritu universal y humano.

Y si no, decidme por qué España habla esta rica y sonora lengua, sin la cual apenas podríamos ejercer los españoles la facultad divina del pensamiento; por qué nuestras grandes obras, ora las inspiren las ruinas clásicas, ora las agujas góticas, ora el alica-

tado de los árabes, ora los monumentos italianos, tienen siempre el sello indeleble y luminoso de nuestro genio; porque todos nuestros pintores, aunque tracen vírgenes, y todos nuestros escultores, aunque esculpan santos, tienen cierta tendencia naturalista; porque todo nuestro teatro, nuestro gran teatro, nuestro sublime teatro, el mayor del mundo, está fundado en el desprecio á las leyes aristotélicas y en la exaltación del romanticismo, porque así como los objetos esparcidos en nuestro suelo se tiñen con todos los colores del horizonte, nuestros genios son los matices varios del genio nacional y sublime de nuestra patria. Y cuando decae la nación decaemos todos; por esto tengo tanto miedo cuando ejercito el magisterio de la tribuna, en incurrir en ninguna irreverencia, porque el decaimiento, que unos á otros nos producimos, después nos alcanza á todos, Así es, señores, que cuando la nación decae, el Carlos I que llevaba en la palma de su mano el planeta, se convierte en el Carlos II de los hechizos; Don Juan de Austria, que vence en las férvidas aguas de Lepanto, se convierte en el Don Juan de Austria que se pronun-

ciaba en los campos de Aragón; así, el Herrera que construía el Monasterio del Escorial, se convierte en el Churriguera que levantaba la fachada del Hospicio; así, el Garcilaso clásico se convierte en el Garcilaso conceptista; así, la Santa Teresa que conmovía las entrañas de la humanidad con su elocuencia, se convierte en la monja milagrosa de San Plácido; así, el Cardenal Cisneros, que puso coto á la ambición de los grandes del reino, se convierte en Fray Froilán Díaz ó en el Cardenal Portocarrero; antes, grandes, porque nuestra nación dominaba el mundo; todos pequeños después, porque sobre el manto de nuestras glorias echaban suertes los Reyes, pretendiendo repartirse nuestros lacerados despojos.

(Del discurso pronunciado el día 29 de Mayo de 1877 en defensa del Sufragio universal.)